Gaitán recoge tesis que los socialistas marxistas de finales del decenio desechan y las desarrolla. Por ejemplo, la definición de las clases que irían a estar al mando del Estado, aspectos que no precisaron los líderes socialistas de 1919-1923, o aquellas medianamente elaboradas como la de garantizarle al país una plataforma para una etapa socialista posterior. Lastimosamente, Jaramillo no se preocupa por demostrar las procedencias de los socialistas, las parábolas de sus vidas, lo que le hubiera permitido establecer tendencias e influencias externas como del positivismo o del darwinismo, o por corrientes del pensamiento latinoamericano que se abrían espacio entre la bruma de los nuevos ideologismos. El atribuirles una especificidad como atributo positivo no significa que no hayan estado influidos por el mundo exterior.

No hay trazos, en el libro, de rasgos, de pedazos de historias de vida que hubieran permitido reconstruir un retrato político del militante socialista. Puede ser una carencia de fuentes, ya que cuando el autor se adentra en el tránsito al socialismo marxista, emerge Luis Tejada, consentida y a veces sobredimensionada figura de la intelectualidad colombiana de izquierda.

La primera parte del libro contribuye a profundizar, más que en la historia del socialismo, en la del liberalismo. Permite entender el peso de los valores del partido liberal en la cultura política de la intelectualidad de principios de siglo. El comportamiento de ese partido durante el siglo XIX como defensor de los de abajo, como libertador de los negros, como perseguido y derrotado en la mayoría de las guerras civiles, particularmente en la última, la de los Mil Días, y finalmente como opositor a la hegemonía conservadora, lo habían rodeado de una aura revolucionaria que los líderes socialistas no podían pasar por alto. Por eso insisto en que hubiera sido importante que Jaramillo nos hubiera presentado las procedencias políticas, por lo menos las de los líderes socialistas. El que la cúpula de dirigentes liberales hubiese estado en diálogo permanente con los jefes socialistas y que hubieran pactado alianzas demuestra, más que estrategias, sintonías e identificaciones.

Ha sido costumbre del partido liberal colombiano enriquecerse y renovarse con los postulados de las corrientes ubicadas históricamente a su izquierda. Detrás del proyecto de la Revolución en Marcha estaba el gaitanismo de los tiempos de la Unión Izquierdista Revolucionaria; detrás del Frente de Transformación Nacional de Lleras Restrepo en 1966 estuvo el ideario del MRL. Y así había sucedido por primera vez en este siglo con el programa de los socialistas del 19, absorbido en su totalidad por el liberalismo de Benjamín Herrera. Empero, lo grave, y es ése un aporte de Jaramillo, es que, a diferencia de los casos posteriores mencionados, el de los años veinte se hace sin corresponder a un proceso interno del liberalismo. Lo que sería cierto si independizamos el socialismo que estamos analizando del liberalismo de entonces, que es lo que hace el profesor Diego Jaramillo y que no compartimos. Aunque son tiempos distintos en condiciones distintas, se podría trazar una analogía con el proceso vivido en los años sesenta en el caso del Movimiento Revolucionario Liberal y sus relaciones con el partido liberal. Aquí se trató de un proceso interno de ese partido, pero aun así, gran parte de los emerrelistas se le midieron no al robustecimiento a largo plazo del liberalismo sino a la creación de un nuevo partido. Y tampoco, como entre los años 1919 y 1923, pudieron ni crearlo ni ser reconocidos en el inventario del socialismo revolucionario. Como entonces, unos fueron a parar en corrientes comunistas y otros regresaron a su vieja casa. Las dos coyunturas son bien parecidas, ambas acompasadas por procesos revolucionarios externos abrazadores y, paradójicamente, ambas fortalecedoras del liberalismo colombiano.

Aunque el libro de Jaramillo cubre todos los experimentos socialistas de los años veinte, su reconstrucción del primer socialismo de este siglo es la parte mejor lograda. La más novedosa y aportadora, la que menos conocíamos. Visto como un socialismo específico colombiano, sus contenidos aparecen tan contemporáneos como necesarios y útiles para la reflexión y comprensión de nuestro presente. Jaramillo, filósofo de profesión, dedica buen espacio a profundizar en los aspectos teóricos del pensamiento socialista. Elabora científicamente los proyectos de sociedad y de Estado por los que lucharon sus líderes. De pronto resulta el análisis un poco amalgamado, pero es allí, en esa construcción, donde está su profesionalismo.

Por supuesto, el tema del socialismo de los veinte no se agota. Jaramillo abre una brecha por donde pueden empezar a caminar nuevas investigaciones que ojalá lo sean más empíricas que analíticas, para que contribuyan mejor a una teorización pausada pero bien respaldada.

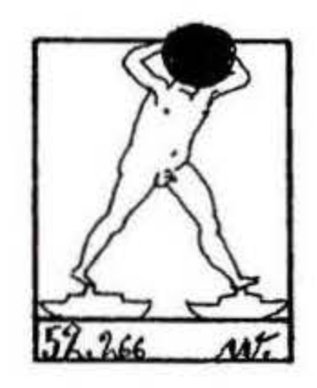
CÉSAR AUGUSTO AYALA DIAGO
Profesor,
Universidad Nacional de Colombia

Clon conceptual, sujeción maquínica, simultaneidades endógenas

La ciudad: Umbral ambiental y social
Carlos Eduardo Calderón Llantén y Fernando Romero Loaiza
Papiro, Santafé de Bogotá, 1997, 222 págs., ilustrado

"Al igual que Prigogine, consideramos que los actuales modelos de ciudad moderna capitalista y las sociedades de alto consumo energético se acercan al *límite de complejidad y el umbral crítico de estabilidad*". Esta observación (pág. 42) ubica el sentido de la discu-

sión abordada por los profesores Calderón y Romero, basándose en la revisión de algunas características de las ciudades colombianas contemporáneas, desde un abundante marco conceptual confluente en lo que se podría llamar el enfoque energético.



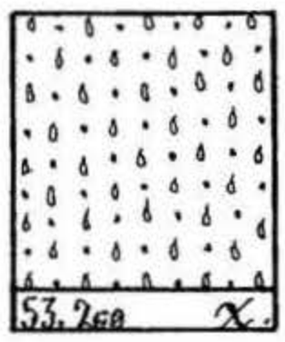
El primer aspecto que merece destacarse del trabajo, es precisamente el poder identificar algunos de los indicadores específicos —entre los innumerables posibles— de la criticidad de las ciudades colombianas que se analizan.

También se enumeran ideas suficientes para reafirmar la anticipada (pág. 11) conclusión apocalíptica de que "la megalópolis, por sus altos requerimientos externos en subsidios materiales y energéticos, está condenada a desaparecer", reforzada luego (pág. 66) en la afirmación del carácter *protobiótico* de la actividad humana, enfrentada en el espacio urbano a *sistemas disipativos* —tecnología, mercado, consumo— con altos gradientes de irrecuperabilidad o irreversibilidad, en permanente desequilibrio y sobreapropiación de energía.

— Respecto el consumo total de energéticos en América Latina, Colombia presenta niveles menores de consumo de energía per cápita que países como Brasil, Argentina, Chile, México, Venezuela, pero al mismo tiempo presenta los mayores niveles de intensidad energética (relación de consumo energético total a Pib) solo superado por Venezuela. También es el país con mayor intensidad energética en el sector residencial, debido en gran parte al consumo de leña y los menores precios de los energéticos como la gasolina y la electricidad.
— La participación del gas natural en el consumo del sector industrial es muy baja en comparación con otros países de alta disponibilidad de gas natural.
— El incremento en el consumo de petróleo (1980-1990 al 3,7% anual y 1990-1994 al 1,3%), sumado a la ineficiencia técnica y energética, significa profundos efectos ambientales en el aire por emisiones de partículas CO y CO_2 producidos por el carbón, el bagazo, el ACPM y otros derivados.
— La mayor demanda de energía eléctrica es producida por la cocción de alimentos, pero en estudios de caso (Cali, 1991) se halló una fuerte incidencia de la tecnología en el uso de aquella para fines domésticos, siendo una función de la intensidad de uso de equipo en poder de los hogares (pág. 76).
— El Estado colombiano aún está lejos de modificar el modelo de gestión pública: el clientelismo, las tendencias centralizadoras en lo administrativo y la planeación, el estilo de inversión forzosa, la inhabilidad administrativa de las autoridades locales, ya sea por formación o por dedicación a actividades de aseguramiento o posicionamiento del grupo político al que pertenece, es decir, todos aquellos componentes de la cultura política y la organización del Estado, hacen difícil la instauración de modelos de eficiencia provenientes de la actividad privada (pág. 146).

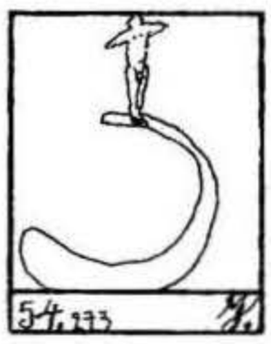
Un nudo importante en la estructura expositiva del trabajo está planteado en el capítulo dedicado a la *sujeción maquínica* que ubica las representaciones entre habitantes urbanos, de los emplazamientos productivos y técnicos, sujetos y objetos —respectivamente— donde se concreta la dinámica de entropía.

Una hábil reseña de las diversas teorías sociales de la representación (Durkheim, Lefebvre, Deleuze, Piaget, Vygotsky, Herzlich, Laplantine) conduce a través de este capítulo a identificar cómo los trabajadores del sector moderno de la economía (industria, financiero, educación) en Colombia comparten muchos de los atributos asignados en estudios transversales interculturales a lo que Deleuze y Guattari definieron como "esclavitud maquínica", reinvención donde los hombres son las partes constituyentes, en lugar de ser los obreros y los usuarios sujetos a ella... "En la composición orgánica del capital, el capital variable define un régimen de sujeción del trabajador (plusvalía humana) que tiene como marco principal la empresa y la máquina, pero, cuando el capital constante crece proporcionalmente cada vez más en la automatización, aparece una nueva esclavitud, al mismo tiempo que el régimen de trabajo cambia, que la plusvalía de bienes maquínica y que el marco se extiende a la sociedad" (pág. 114). Los sujetos laborales resultantes de estos procesos maquínicos modernos tendrían rasgos de ser inducidos a la formación de representaciones negativas —del lugar de trabajo: cárcel, hueco, infierno, celda; del trato recibido: una máquina, un robot; del jefe: un general, un esclavista, un tirano— que, además, constituyen procesos enajenadores. Al final del capítulo (pág. 117) se intenta caracterizar la conciencia de estos sujetos sociales, reflexión que es aplazada a pesar de existir una ya extensa referencia a este interesante problema[1].



Establecer la anterior relación, da soporte a la tercera dinámica analizada en el trabajo. La de las relaciones conceptuales entre lo local y la democracia, expuestas en el capítulo "Simultaneidades endógenas: micropoderes y democracia autorreferenciada" (págs. 123-156). Al parecer, se trata de encontrar alternativas posibles de resignificar la gestión urbana, no sólo cambiando

las lógicas de la inversión social desde el modelo redistributivo hacia el retributivo, en el cual el Estado transfiere a la sociedad civil muchas de las responsabilidades que antes asumía como propias (paso del neoliberalismo al neoestructuralismo), sino haciendo posible la gestión endógena, según noción planteada inicialmente por Godard y ampliada luego por Boisier y Brugnoli. En Godard, como "desarrollo mediado por una dualidad de espacios que al mismo tiempo disponen de una relativa autonomía, se articulan los unos y los otros en estructuras parcialmente jerárquicas de naturaleza diversa —técnica, económica, constitucional, o territorial—". Boisier sugiere la noción de tejido humano y/o social donde se exprese la microparticipación. Brugnoli generaliza la experiencia de los distritos industriales italianos para agenciar el desarrollo endógeno con fundamento en el espacio industrial.

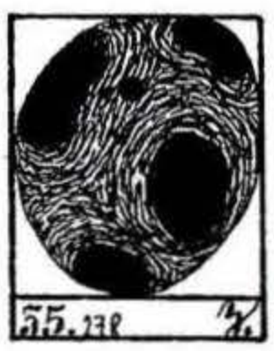


Al trasladar este análisis a las experiencias de las localidades urbanas en Latinoamérica, se ejemplifica con tono pesimista el conocido proceso de autoorganización de una comunidad ligada a la explotación de curtiembres —San Benito, Bogotá— al referir cómo, a pesar de que "la situación geográfica, la posibilidad de acceso a instancias locales de gobierno [que] favorecen la intervención local, sin embargo, la organización de la comunidad ha ido perdiendo capacidad de intervención política, a diferencia de las organizaciones industriales del sector" (pág. 150).

Una de las limitaciones del enfoque asumido en el trabajo, consiste en pretender agotar la explicación de la sostenibilidad de la ciudad, en los términos de referencia de la *biofísica social*. Esto se ve reflejado en el marcado recurrir al uso de modelos de análisis, depositando en éstos la capacidad explicativa de los fenómenos ambientales. Dentro de esta perspectiva los autores sostienen la utilidad de pasar de los modelos articulados por el recurso natural, como es el caso de los modelos sugeridos en estudios desarrollados para las ciudades de Cali, Pereira y Barranquilla (págs. 168-171), a perspectivas donde el hombre sea la "bisagra" de la relación naturaleza-sociedad y planteando como un avance en ese sentido "el concepto de inhabitabilidad empleado en el perfil ambiental rápido urbano del Municipio de Santiago de Cali " (pág. 173), concepto que parte de los factores de riesgo que afectan la salud de la población, y sugiere (como señala Auge) que "no es posible morar ni vivir en los no lugares, o en aquellos donde no hay las condiciones para que la existencia se desarrolle" (pág. 174). Como en otros cierres de capítulo, queda la sensación de falta de profundidad en la diferenciación entre lo que pueden hacer la econometría y la planificación urbano-ambiental, y posibles alternativas a estas visiones.

No obstante ser un lugar común en la literatura ambiental enfocada como planeación, los análisis costo-beneficio muchas veces incurren en la falacia de la inconmensurabilidad de la naturaleza. El medio ambiente, al no ser comprado, no tiene un precio monetario. Al lado de esta aseveración, los lectores podrían esperar un "ponerse del lado" de los autores respecto a otros problemas de conceptualización derivados de su estudio:

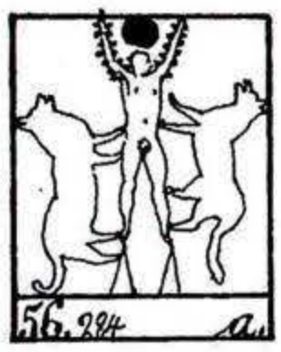
— El principal de ellos remite al enfoque de la escuela de Desarrollo a Escala Humana encabezada por Castoriadis —autor citado como G(?)astoriadis en el libro—, y tiene que ver con las "esperanzas" de trascender la encrucijada de la ciudad capitalista. Buena parte de los argumentos expuestos por esta escuela se dirigen a analizar las múltiples manifestaciones de violencia recurrente, espasmódica y cíclica como producto natural del desigual ecosistema originado en la sumatoria aglomeración + desigualdad. La esperanza puesta en el libro en favor de las potencialidades de autogestión de los "ciudadanos conscientes, dispuestos a transformar sus preferencias hipotéticas en logros sociales" (pág. 217), no deja de tener un tinte de populismo, y es reduccionista al calcular la justeza de proyectos "suponiendo que el Estado y los estratos socioeconómicos más altos asuman la diferencia entre la DAP (disposición a pagar) manifiesta y la capacidad real de pago, dentro de una lógica de redistribución social con equidad de los costos y los beneficios" (pág. 214). Sin embargo, en la misma página se advierte que una cosa son los ciudadanos y otra los consumidores. Pero más allá de esta limitación voluntarista, el excluir la problemática de la violencia urbana[2] margina del análisis la peculiar existencia de satisfactores violadores generadores de patologías colectivas.



— En última instancia, se motiva la reflexión acerca de qué podemos esperar en el inmediato futuro en materia de gestión urbana, involucrando dentro de estas dimensiones de participación, búsqueda de desarrollo sostenible a partir de modificar profundamente al modelo energético y distributivo. Los autores depositan sus esperanzas en la opción de "avanzar a un modelo de sociedad equitativa, descentralizada, con unos estilos de consumo distintos, democrática y más equitativa [...] donde [...] el mayor medio de eficiencia económica y energética es propender por una maximización del bienestar obtenido de la actividad económica y una minimización simultánea

del volumen de materia y energía que fluyen a través de la economía" (pág. 80).

El pensamiento utópico admite digresiones audaces que, como en este trabajo, intentan armar un *clon* conceptual de posciudad con piezas de diseño urbano humanizado, salud ocupacional, democracia directa, autoorganización cultural, industria *light*, bajo el común denominador del reconocimiento de los límites entrópicos y biofísicos. A los autores se les debe agradecer la buena intención de ofrecer un diagnóstico de las ciudades que conocen y han tenido la posibilidad de investigar. Queda la sensación de que, por la complejidad de los problemas y las ramificaciones de los mismos, este tipo de ejercicio de síntesis multidisciplinaria, debería abrir más espacio a investigar el mundo invisible (*underground*) con pleno reconocimiento de los arsenales de creatividad social, solidaridad e iniciativas autogestionarias de supervivencia, que se siguen oponiendo al imperio inclusivo de la lógica de competitividad y globalización. Ello implicaría reforzar tareas menos binarias que los estudios regionales y locales para planificación urbana, en favor de estudios sociales de observación y etnografía, como los promovidos por las autoridades de Santafé de Bogotá y otras ciudades.



No hay que olvidar que la ciudad caótica no equivale a la "selvatización" en cemento-pavimento, ya que una selva es un ecosistema estable, en tanto la ciudad es un ecosistema en proceso de degradación y destrucción. Lo que está agotado en cambio es la preeminencia de la visión economicocentrista sobre el desarrollo urbano[3].

JOSÉ ERNESTO RAMÍREZ

1 A partir del clásico *Trabajo industrial y consciencia obrera* (Kern/Schumann, 1970), hasta el interesante estudio sobre *Imágenes sociales de la modernización y la transformación tecnológica* (Cepal, 1995).

2 Delincuencia, violencia reivindicativa, violencia revolucionaria, violencia represiva, terrorismo de Estado, agresividad ambiental. Véase Antonio Elizalde, "Violencia urbana ¿partera o sepulturera de la crisis?", en Comunidad, Estocolmo, 2/3:89, págs. 17-20.

3 Asunto sobre el cual ya han recalcado de manera suficiente autores como Viviescas, Beatriz Sarlo y García Canclini en *La ciudad de los viajeros* (1996).

Un asunto bicolor

Rojos contra azules. El partido liberal en la política colombiana, 1863-1899
Helen Delpar
Traducido por Álvaro Bonilla Aragón
Procultura, Santafé de Bogotá, 1994, 550 págs.

El libro de la señora Delpar, elaborado originalmente como disertación doctoral para una universidad norteamericana, se propone caracterizar el desarrollo del radicalismo colombiano, desde sus orígenes en la convención que se reunió en Rionegro, Antioquia, en febrero de 1863 tras el triunfo militar bajo el mando supremo de Tomás Cipriano de Mosquera y expidió la constitución liberal y federal (su acta de nacimiento), hasta su ocaso durante el movimiento de la "regeneración", que fue también el resultado de un triunfo militar (en este caso el de sus opositores en 1885) y se materializó institucionalmente en la constitución centralista y autoritaria aprobada al año siguiente, para concluir con una somera consideración sobre la así llamada "guerra de los Mil Días" que termina en los albores del siglo XX.

Sin embargo, en su capítulo I, intitulado "Los orígenes del liberalismo colombiano", la autora se remonta, como hoy nos parece obvio, a la administración del general Santander (1820), durante la cual aparecieron en el contexto de la política grancolombiana tendencias que podrían ser descritas como "liberales" o "conservadoras". Mientras el vicepresidente y sus amigos "eran partidarios de políticas destinadas a reducir la influencia y los privilegios del clero católico y a estimular la empresa privada mediante la reforma de la estructura económica colonial que había sobrevivido a la guerra de independencia con pocas modificaciones" —asuntos ambos que, en realidad permanecieron sin solución hasta el gobierno de José Hilario López, durante el cual se inició un proyecto de modernización que alertó a los sectores más tradicionalistas, los que defendían el *statu quo* heredado de la colonia y la predominancia del clero—, los conservadores se agruparon en la oposición, con la pretensión de monopolizar el pensamiento del libertador.

En palabras de la autora, "para los liberales del siglo XX el gobierno de López constituyó un hito en la historia de la nación, señalando la liberación del fanatismo, del monopolio y de los privilegios que habían subsistido aún después del régimen español", mientras los conservadores "recordaban la era de López por su desorden, crímenes y ateísmo", durante la cual "elementales derechos de propiedad y libertad fueron flagrantemente conculcados".

Precisamente durante este período se dio el nombre de "liberal" a la coalición de "santanderistas, jóvenes reformadores y artesanos que habían apoyado a López, como también a sus seguidores de las provincias", mientras que aquellos que adhirieron a los gobiernos de la década del cuarenta y se opusieron luego a la mayor parte de las reformas terminaron por llamarse a sí mismos "conservadores", tal y como se lo reconocía en el primer número de El Nacional, un periódico fundado en Bogotá por Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro, cuyo primer número apareció el 21 de mayo de 1848; de acuerdo con los editores, el núcleo del partido conservador estaba compuesto por "hombres que amaban la libertad, la paz y la seguridad, dedicados a su familia y a su trabajo", mientras el del partido liberal estaba compuesto por "descontentos que se volvían hacia la política con la esperanza de mejorar su suerte" (pág. 15).